

El horario de trabajo del concilio de Ferrara-Florenxia

El camino que se ha de seguir para interpretar un concilio, no siempre corre derecho a través de los documentos doctrinales y disciplinarios; a veces se desvía en rodeos inesperados por la necesidad de conocer particularidades pasajeras del ambiente en que fueron fraguando las decisiones. Al ponernos a estudiar el horario del concilio florentino nos hemos encaminado hacia una de esas tareas más modestas que hemos indicado: la de esclarecer en lo posible una particularidad del ambiente histórico en que fraguó la unión laboriosa del 6 de julio de 1439.

Las horas a que se tuvieron las reuniones del concilio de Ferrara-Florenxia, según las fuentes, no pueden ser a primera vista más desconcertantes. Hablando por ejemplo de un grupo de reuniones, una de las fuentes dice que debían cerrarse a las seis del día ¹; en cambio, otra fuente, hablando de esas mismas reuniones, dice que se cerraron unas a las veintiuna del día ², otras a las veintidós ³, a las veintitrés ⁴, o a las veinticuatro ⁵. A cualquiera se le ocurrirá sospechar que la principal razón del desacuerdo consiste en que esas dos fuentes emplean distintas maneras de contar el tiempo, y que por tanto la primera tarea para concordar esas noticias se reduce a esta pregunta: ¿qué manera de contar el tiempo emplea cada uno de los escritores del concilio? Resuelta esta pregunta, podremos entender las noticias acerca de las horas a que se tenían las reuniones y encontrar una explicación concordante del conjunto.

La pregunta previa que nos hemos propuesto, qué manera de con-

¹ Sir sec. 6 c. 13, p. 161. Sobre la manera de citar véanse las notas 6 a 10.

² AL 45, 38; 50, 26.

³ AL 56, 9.

⁴ AL 87, 8s; 119, 38.

⁵ AL 132. 15.

tar el tiempo emplea cada uno de los escritores del concilio, no puede ser respondida por el procedimiento tradicional de calcular astronómicamente el momento en que ocurrieron los eclipses de cuya hora nos informan las fuentes en su lenguaje particular. Noticias de ese género no aparecen en las narraciones del concilio de Florencia. A falta de eso trataremos ante todo de comprobar si alguna de las maneras de señalar la hora, ya conocidas y comprobadas, y que podían estar en uso en los tiempos del concilio, se ajusta a las noticias que nos transmite cada una de las fuentes. Por este procedimiento se puede esperar que todas o la mayor parte de las noticias puedan ser descifradas, pues es natural que los escritores del concilio se expresasen según alguna de las maneras de contar el tiempo que conocían los lectores para quienes escribían. Sólo en el caso de que no se ajuste ninguna de esas maneras de contar el tiempo ya comprobadas, nos atreveremos a separarnos de ellas e intentar una explicación independiente para el grupo de noticias que quede fuera de ese marco.

Los escritores cuyas noticias examinaremos son principalmente los siguientes: por una parte el grupo latino, compuesto sobre todo por curiales de la corte papal, los cuales ya en documentos oficiales, ya en escritos privados, nos han dejado breves reseñas de los acontecimientos del concilio⁶; entre esos curiales, pero en puesto preferente por haber sido uno de los secretarios latinos del concilio, se encuentra el romano Andrés de Santacroce, redactor de las actas latinas⁷. Por otra parte el grupo griego, compuesto por tres escritores: el redactor o redactores de las actas griegas del concilio⁸; el obispo griego Dorotheo de Mitilene o quienquiera que sea el autor del diario privado que Juan Plusiadenos fundió con las actas del concilio⁹; y el diácono de Santa Sofía Silvestre Sirópulo, autor de unas «memorias» sobre el concilio¹⁰.

* * *

⁶ G. HOFMANN, *Fragmenta protocolli, diaria privata, sermones* (Concilium Florentinum, Documenta et Scriptorum, vol. III fasc. II) Roma 1951. Esta obra la citaremos con la sigla *Fragm.*

⁷ G. HOFMANN, *Andreas de Santacroce, advocatus consistorialis: Acta Latina concilii Florentini* (Concilium Florentinum, Documenta et Scriptorum, vol. VI) Roma 1955. Esta obra la citaremos con la sigla *AL* (= Acta Latina).

⁸ J. GILL, *Quae supersunt Actorum Graecorum concilii Florentini necnon Descriptionis cuiusdam eiusdem* (Concilium Florentinum, Documenta et Scriptorum, vol. V) Roma 1953. Esta obra la citaremos con la sigla *AG* (= Acta Graeca).

⁹ Editado por J. GILL en la obra anterior sin desglosarlo de las actas, pero distinguiendo los fragmentos del diario mediante una barra (*AG* p. LXXXIX n. 3); este cuidado del editor nos dispensa de distinguir en las citas uno y otro escrito, y por tanto emplearemos la misma sigla *AG*.

¹⁰ R. CREYGHTON, *Vera historia unionis non verae inter Graecos et Latinos, sive concilii Florentini exactissima narratio, graece scripta per Sylvestrum Sguropulum* [= Syropulum]. Hagae Comitum 1660. Esta obra la citaremos con la sigla *Sir* (= Sirópulo).

Comenzando por la manera de contar el tiempo de los latinos, nos encontramos con la antigua usanza italiana. Esta consideraba el día dividido en una serie de veinticuatro horas, sin que se pudiesen emplear en su lugar dos series de doce horas, como hoy hacemos. De esa manera, durante el trascurso de un día contaba de la hora I a la XXIV¹¹, y a partir de ese momento comenzaba una nueva serie de veinticuatro horas. Pero la diferencia fundamental con relación a nosotros consistía justamente en el punto de partida de la serie. Este no era la media noche, sino la puesta del sol, o más exactamente, media hora después, cuando se hacen sensibles las tinieblas (crepúsculo civil para latitudes como las de Ferrara o Florencia). En ese momento sonaba la hora XXIV y comenzaba una nueva serie de horas.

Para comprobar que ése era también el punto de partida en los escritos latinos del concilio, digamos primero una palabra sobre el tiempo del oscurecer. El oscurecer, es decir, el tiempo que va de la puesta del sol a la entrada de la noche, recibía en la edad media, entre otros nombres, el de «hora tarda»¹². En nuestro estudio hemos de encontrar la «hora tarda» más de una vez; pero en este momento nos interesa señalar la «hora tarda» que aparece el 4 de diciembre de 1438, pues un texto paralelo griego nos descubre que su sentido es justamente el del tiempo del oscurecer. En efecto, por la parte latina Andrés de Santacroce coloca el final de la reunión de ese día en la «hora tarda»¹³, y por la parte griega Doroteo de Mitilene, quejándose de lo poco que se dejó hablar al orador griego, dice que el cardenal Cesarini estuvo hablando «hasta que se echó encima el oscurecer, y así se disolvió la reunión»¹⁴.

Sabiendo ya el sentido de «hora tarda» examinemos la reunión del 5 de julio de 1439 en el palacio del papa. Esta reunión, una de las más breves de todo el concilio, se tenía después de otra de los griegos, celebrada aquella misma tarde¹⁵, y en la cual los griegos habían firmado el decreto de unión de las iglesias. Como el decreto había de ser promulgado solemnemente al día siguiente, se llevó la misma tarde al papa; y antes de que éste le firmase hizo Besarión su conocida

¹¹ Ponemos en números romanos las horas antiguas a imitación de los amanuenses del concilio, a fin de evitar confusiones con las horas modernas, a las cuales habremos de referirnos a menudo.

¹² H. GROTEFEND, *Zeitrechnung des deutschen Mittelalters und der Neuzeit*. Hannover 1891-1892, I, 86a; DU CANGE, *Glossarium mediae et infimae Latinitatis*. Art. *Hora*.

¹³ AL 107, 6.

¹⁴ *Ἔως ἢ ἐσπέρα κατέλαβε καὶ οὕτως ἐλύθη ἡ σύνοδος: AG 214, 22s. Al orador griego, en efecto, no se le dejó llevar la marcha de la disputa (AL 97, 12. 16), y aunque estuvo interviniendo en toda ella, fue sólo con el papel secundario de objetante (véanse las actas en AL 95, 36-107, 5).

¹⁵ Sir s. 10 c. 8, p. 292.

declaración sobre la epiclesis¹⁶; seguidamente firmó el papa el decreto ante testigos de los griegos¹⁷ y se disolvió la reunión. Juntas la declaración de Besarión y la firma del decreto apenas pudieron durar media hora. Pues bien, esa reunión comenzó «hora tarda»¹⁸, es decir, al oscurecer; y acabó a la hora XXIV¹⁹, es decir, cuando ya había oscurecido, y por ello la última hora de la serie latina, la XXIV, acababa de sonar.

En este punto comenzaba una nueva cuenta de las horas, y consiguientemente todas las horas de un día se referían a este momento de la entrada de las tinieblas como a punto de partida. Veámoslo, por ejemplo, en la reunión del 15 de febrero de 1438. Esta reunión, celebrada «por la mañana»²⁰ y lo bastante temprano para comenzar con el rito de la misa²¹, fué anunciada la víspera para la hora XIV del día siguiente: «así que exhortaba a los padres del concilio y a los mismos cardenales a que se reunieran al día siguiente por la mañana a la hora XIV, a fin de celebrarla»²². En efecto, a mediados de febrero, y por tanto cerca ya del equinoccio de primavera²³, el sol se pondría entre las 5 y las 6 de la tarde según nuestra manera de contar el tiempo; las tinieblas comenzarían alrededor de las 6 de la tarde; y por tanto catorce horas después vendrían a ser como las 8 de la mañana de nuestro reloj, es decir, una hora muy apropiada en invierno para una misa a la que debía seguir la reunión.

Las consecuencias de haber establecido semejante punto de partida eran muchas y muy importantes. Tengamos en cuenta que la puesta del sol y el comienzo de las tinieblas son variables con los meses. En los equinoccios de primavera y de otoño el sol se pone a las 6 de la tarde según nuestro reloj; en cambio, en el solsticio de verano podía llegar a ponerse en Florencia, y más en Ferrara, bastante cerca de

¹⁶ El texto de ella, en AL 258, 5-34.

¹⁷ Véase toda la reunión en Sir s. 10 c. 8s, p. 293s.

¹⁸ AL 258, 1.

¹⁹ AL 259, 11.

²⁰ «De mane»: Fragn 22, 7.

²¹ Fragn 22, 18s.

²² «Quare hortabatur patres et dominos ipsos, ut ad illam celebrandam crastina die praedicta mane hora quarta decima vellent convenire»: Fragn 22, 5s.

²³ Como más adelante expondremos, no se alcanza mayor aproximación con calcular con entera exactitud la correspondencia de las horas de entonces con las nuestras; por eso, al tener que contar siempre con un gran margen de error, preferimos hacer más fáciles de entender todos los cálculos, prescindiendo de la diferencia entre el día medio y el día real, o ecuación del tiempo; del adelanto de nueve días con relación al presente, que traían los solsticios y equinoccios en el siglo XV; y demás particularidades que no acrecientan notablemente dicho margen de error. Notemos también que siempre hablamos de horas locales.

las 8, y en el solsticio de invierno poco después de las 4. De aquí resultaba que un momento fijo del día, por ejemplo el mediodía o la media noche, había de expresarse a través de los meses con horas enteramente distintas.

Así la media noche en el solsticio de verano era expresada aproximadamente con la hora III y media, puesto que al ponerse el sol poco antes de las 8 de la noche, según nuestra manera de contar, las tinieblas se habrían hecho sentir hacia las 8 y media, y desde ese momento hasta la media noche habían pasado tres horas y media. En cambio, en el solsticio de invierno la media noche era expresada aproximadamente con la hora VII y media, pues al ponerse el sol poco después de las 4, según nuestra manera de contar, las tinieblas se habrían hecho sentir hacia las 4 y media, y desde ese momento hasta la media noche habían pasado siete horas y media.

Todos estos cambios para señalar a través del año un momento fijo del día tenían un resultado que es menester notar, y es que en la manera de contar el tiempo que tenían los padres latinos del concilio de Florencia no se podía mantener una hora fija a través de los meses para convocar las reuniones conciliares, pues la hora que un mes era oportuna había de resultar, al cabo de cierto tiempo, enteramente intempestiva²⁴. Por esto, cuando se trata de reuniones que se tenían regularmente, no hemos de esperar que las fuentes latinas nos digan el momento en que comenzaban, en la forma precisa de las horas del reloj, pues tenían que contentarse con señalarlo en forma más vaga, por ejemplo «después de la celebración de la misa»²⁵. Sólo para reuniones aisladas o para pocos días encontraremos expresiones de la hora del reloj como momento señalado para reunirse. Por ejemplo «a la mañana, a la hora XII poco más o menos, hora que había sido señalada para la congregación general»²⁶, el día 31 de agosto de 1441.

Todavía hemos de advertir otro resultado de esta manera de contar el tiempo, y es la necesidad que había de estar poniendo en hora los relojes durante todo el año para que marcaran la hora XXIV en el momento de comenzar las tinieblas. En efecto, a medida que avanzaba la primavera, la puesta del sol ocurre más tarde cada día, y por tanto entre el comienzo de las tinieblas de un día y el comienzo de las del siguiente no hay ya veinticuatro horas, sino un poco más. De esta manera los relojes que habían sido puestos en hora un día de-

²⁴ En la obra R. G[ARCÍA] VILLOSLADA, *Storia del Collegio Romano* (Analecta Gregoriana, vol. 66) Roma 1954 p. 85, puede verse a cuántos cambios de horario se veía obligado un centro de enseñanza que siguiera la usanza italiana en la cuenta del tiempo.

²⁵ «Post missae celebrationem, quae hora communis erat conventionis»: AL 43, 5s

²⁶ «De mane hora XII vel quasi, qua hora quae pro generali congregatione adscripta fuerat»: Fragm 30, 13.

terminado, al día siguiente señalaban la hora XXIV uno o varios minutos antes de tiempo, y al cabo de algunos días había ya una diferencia sensible entre la hora XXIV de los relojes y el comienzo de las tinieblas. Es decir, que cada día se iban adelantando más los relojes y había que volver a ponerlos en hora. El mismo resultado se tenía a medida que avanzaba el otoño y la puesta del sol iba ocurriendo más temprano cada día, solo que entonces la causa de tener que poner en hora los relojes no era que se adelantaban, sino que se atrasaban.

Un ejemplo ya clásico de cómo se hacía el ajuste de los relojes es lo que se usaba en tiempos de Goethe en Verona, donde se tenía fijo el reloj en invierno y verano y se retrasaba o adelantaba media hora cada quince días en primavera y otoño²⁷. Pero de ahí, naturalmente, no podemos concluir nada sobre la norma de hacerlo en Ferrara o Florencia en tiempos del concilio; y ni siquiera podemos suponer que había una norma fija y no más bien la que impusiera el talante del encargado de ajustar el reloj.

Con esto queda dicho que no hemos de tomar con demasiado rigor las informaciones que nos dan los escritores del concilio sobre la hora. De esas informaciones, una parte bastante mayor de lo que hoy podríamos sospechar ha tenido que ser calculada a bulto, pues aún habrían de pasar muchos años hasta que Peter Henlein († Nuremberg 1542) construyese el primer reloj de bolsillo. Pero aunque en un caso determinado supiéramos que no la han calculado a bulto, sino que por ejemplo han oído las campanadas del reloj (como Andrés de Santacroce cuando dice: «había sonado ya la hora XXIII»²⁸), todavía nos quedaría por saber cuánta distancia había en aquel momento entre la hora XXIV teórica, o comienzo de las tinieblas, siempre en movimiento, y la hora XXIV del reloj, ajustada a la hora por un procedimiento aproximativo que no conocemos.

Notemos finalmente que la hora XXIV, con ser el final de la cuenta de las horas, no era sin embargo el fin del día o momento en que se cambia de fecha. El fin del día y comienzo del siguiente era el amanecer²⁹. Así el 5 de julio de 1439, fecha en que el papa firmó la bula de unión que había de promulgarse solemnemente al día siguiente, acabó la ceremonia de la firma a la hora XXIV³⁰, y por tanto cuando comenzaba la noche y también una nueva serie de horas. Sin embargo, cuando el papa, todavía antes de que amaneciera, se dirigió al palacio obispal para ir luego procesionalmente a la catedral

²⁷ H. GROTEFEND, *Zeitrechnung des deutschen Mittelalters und der Neuzeit*. Hannover 1891-1892, I 187b; F. K. GINZEL, *Handbuch der mathematischen und technischen Chronologie*. Leipzig 1906-1914, III, 94.

²⁸ «Hora iam XXIII pulsaverat»: AL 132, 15.

²⁹ H. GROTEFEND, *Zeitrechnung*... I, 187b.

³⁰ AL 259, 11. Véase toda la ceremonia en Sir s. 10 c. 8s, p. 293s.

para la sesión solemne, aún seguía siendo el 5 de julio: «el día 6 de julio de 1439 se tuvo la primera sesión de la ciudad de Florencia en la catedral florentina. Y el papa Eugenio vino *el día 5 por la noche* al palacio obispal de Florencia. Revestido de capa pluvial y mitra, y con todos los cardenales y prelados y clérigos, vino a pie procesionalmente a la iglesia catedral. Y se puso en su trono...»³¹.

* * *

Pasando ahora a la manera de contar el tiempo que usaban los griegos nos encontramos con que no tenían una sola, como los latinos, sino varias; y por eso las horas griegas llevan casi siempre una determinación que distingue a cada una de las maneras de contar el tiempo que empleaban: *hora del día*, *hora de la noche*, *hora después del mediodía*. De ellas, la más usada con mucho es la hora del día, y por tanto a ella nos habremos de referir en primer lugar y con mayor detenimiento.

La hora del día corresponde a la manera de contar el tiempo de la antigüedad clásica. Para ello tomaban como punto de partida la salida del sol, y como punto final, la puesta; y el tiempo que transcurría entre la una y la otra lo dividían en doce horas.

Este punto de partida de la cuenta griega nos le muestran los hechos ocurridos el 7 y 8 de marzo de 1438³² con ocasión de la llegada a Ferrara del patriarca y los obispos griegos. El 7, después de haber pasado la noche en la nave que les conducía río arriba por el Po, «*al amanecer*, soltando las amarras, empezamos a subir, y *antes de acabar la hora I del día* vemos a Caristeno, enviado a caballo por el emperador»³³, que venía a dar cuenta al patriarca del ceremonial del beso del pie por los eclesiásticos bizantinos que reclamaba Eugenio IV. La nave siguió su rumbo y según Sirópulo llegó al puerto de Ferrara *πληθούσης ἀγορᾶς*³⁴, expresión que para Herodoto indicaba la media mañana, y para Suidas la hora IV, o la V, o la VI³⁵; según Doroteo

³¹ «Die VI iulii fuit tenta prima sessio in civitate Florentiae et in ecclesia Florentina. Et papa Eugenius die V de nocte venit ad episcopatum Florentinum; indutus piviali et mitria et cum omnibus cardinalibus et praelatis et omnibus clericis processionaliter venit pedes ad ecclesiam cathedralem. Et posuit se in sede sua...»: Fragn 39, 9-13.

³² Las fechas están atestiguadas con entero acuerdo por AG 9, 15. 21; Sir s. 4 c. 22, p. 98; Fragn 29, 1; Fragn 34, 12-14. Solamente AL 27, 23. 33 indica el 8 y 9 de marzo.

³³ «Ἐθωθεν δὲ λύσαντες ἀνηρχόμεθα καὶ πρὶν ἐξήκειν πρώτην ὥραν τῆς ἡμέρας, ὁρῶμεν ἔπιππον τὸν Καριστινὸν σταλέντα παρὰ τοῦ βασιλέως: Sir s. 4 c. 19, p. 92.

³⁴ (= «Cuando el mercado está lleno») Sir s. 4 c. 20, p. 93.

³⁵ SONTHEIMER, Art. *Tageszeiten*: PAULY-WISSOWA, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, vol. IV A col. 2019.

de Mitilene llegó la nave a la hora IV del día³⁶, que corresponde a la interpretación más ajustada de πληθούσης ἀγορᾶς en horas clásicas. Estando ya en el puerto, pero todavía «antes del mediodía, vinieron seis obispos y en nombre del papa dieron la bienvenida al patriarca»³⁷.

El asunto espinoso del ceremonial no se resolvió hasta bien entrada la tarde, y como el patriarca no había querido salir de la nave mientras tanto, prefirió ya dormir en ella y hacer su entrada en Ferrara al día siguiente, 8 de marzo. Las reseñas de la entrada nos vuelven a permitir señalar el punto de partida de la cuenta griega de las horas: «al amanecer del día siguiente»³⁸ dice Andrés de Santacroce que se reunieron los curiales latinos para dirigirse al puerto; «a la mañana, a la hora I del día»³⁹, dice el diario de Doroteo que llegaron al puerto los curiales latinos que venían a recoger al patriarca.

Ahora bien, este punto de partida no es fijo durante el año, pues el momento de la salida del sol va cambiando con los meses, como también va cambiando con los meses la puesta del sol o punto final de la cuenta griega. Además ocurre que las variaciones de la salida y la puesta del sol son opuestas, es decir, que en verano amanece pronto y anochece tarde, y en invierno amanece tarde y anochece pronto. Y por tanto la duración de tiempo que los griegos habían de dividir entre doce, para tener una hora, era muy larga en verano y muy corta en invierno, y consiguientemente también las horas del verano eran muy largas y las del invierno muy cortas.

Con esto tenemos ya la primera particularidad de la hora griega: la duración de ella no correspondía a 60 minutos de la nuestra a través de todo el año, sino que en verano podía extenderse hasta cerca de 80 minutos, que son la doceava parte de las dieciséis horas de nuestra medida a que se acerca el tiempo de sol en el solsticio de verano en latitudes como las de Ferrara y Florencia; y en cambio en invierno podía contraerse hasta cerca de los 40 minutos, que son la doceava parte de las ocho horas de nuestra medida a que casi llega a reducirse el tiempo de sol en el solsticio de invierno en las latitudes dichas.

Resultado de todo esto, dentro ya de nuestro campo de estudio, es que no había de ser tarea sencilla el entenderse griegos y latinos acerca de la hora. El amanecer, que para los griegos era el comienzo de su cuenta y consiguientemente el punto de referencia de sus horas, estaba para los latinos hacia la mitad de su cuenta, pero con grandes

³⁶ Ἐν τῷ λιμένι οὖν τῆς Φερραρίας καταντήσαντες ἐν ὥρᾳ δ' τῆς ἡμέρας: AG 9, 13-15.

³⁷ Πρὸ μεσημβρίας ἦλθον ἐπίσκοποι ἕξ καὶ προσειρήκασιν τῷ πατριάρχῃ τὸν ἀπὸ τοῦ πάπα χαιρετισμόν: Sir s. 4 c. 20, p. 93.

³⁸ «In diluculo diei sequentis»: AL 27, 33.

³⁹ Τῷ πρωτῷ ὥρᾳ α' τῆς ἡμέρας: AG 9, 21.

oscilaciones de invierno a verano; y había que medir cuidadosamente esas oscilaciones si en el paso de una a otra cuenta no se querían cometer serios errores. Además, siendo la hora latina de 60 minutos siempre, y la griega, en cambio, de duración variable a través del año, también había que medir cuidadosamente esa duración de la hora griega para evitar de nuevo graves errores. Esta dificultad para pasar de una a otra cuenta no podía quedar sin consecuencias, como pronto veremos.

Al lado de las horas del día, las demás maneras de contar el tiempo que usaban los griegos tienen escasa importancia. La larga añoranza de Constantinopla le hizo a Sirópulo anotar la hora *de la noche* en que alcanzaron las naves del retorno la altura de la Puerta de Oro, que era el punto más avanzado de la ciudad en su camino: era la hora II de la noche⁴⁰. Fuera de esta noticia, todas las demás que poseemos acerca del tiempo de la noche entre los escritores griegos del concilio se reducen a meras referencias al anochecer, a la media noche o a la alborada⁴¹, y no se refieren a verdaderos trabajos conciliares, sino a percances de la navegación. El papa, en los tratados con las dos ciudades que albergaron al concilio, reclamó siempre libertad de movimientos por la noche para los conciliares, aun después del toque de queda⁴². Sin embargo, los trabajos conciliares que se llevaron a cabo de noche fueron necesariamente muy escasos, y por tanto la hora de la noche carece para nosotros de interés y no debe detenernos más.

Las horas *después del mediodía* son una particularidad de Sirópulo, que los demás escritores griegos del concilio no siguen. De lo que Sirópulo entendía con esta manera de contar el tiempo nos dan una idea las narraciones de la entrada del emperador en Florencia (15 de febrero de 1439). El suceso más notable de la jornada fué un aguacero que cayó sobre la ciudad en el momento de la entrada, tan violento, que los florentinos, a pesar de su deseo de ver la cabalgata, hubieron de guarecerse en el primer portal que encontraban, y el mismo emperador, a galope y por el camino más corto, corrió a la morada que le tenían preparada. Nadie se esperaba semejante lluvia, «pues vino inesperadamente», dice Andrés de Santacroce⁴³. «Y lo que es más notable, añade, tan pronto como el emperador traspuso el umbral de la casa cesó la lluvia»⁴⁴. La hora a que ocurrió el hecho no la sabemos; pero sí sabemos la hora a que atravesó la puerta de la

⁴⁰ Περὶ δευτέραν ὥραν τῆς νυκτὸς κατελάβομεν τὴν Χρυσεῖαν Πύλην: Sir s. 11 c. 10, p. 328.

⁴¹ Por ejemplo Sir s. 4 c. 8, p. 77; s. 4 c. 9, p. 78; s. 11 c. 8, p. 323.

⁴² G. HOFMANN, *Acta camerae apostolicae et civitatum Venetiarum, Ferrariae, Florentiae, Ianuae de Concilio Florentino* (Concilium Florentinum, Documenta et Scriptores, vol. III fasc. I) Roma 1950. 18, 26-28; 51, 22-25.

⁴³ AL 134, 27.

⁴⁴ AL 134, 30s.

ciudad, camino del monasterio de las afueras en que aguardaba el emperador, el cortejo de florentinos que había de conducirlo en triunfo hasta el interior de Florencia: «a la hora II después del mediodía»⁴⁵. A esa misma hora hubo de juntarse el cortejo con el emperador, pues el monasterio, según Sirópulo, estaba al lado mismo de la puerta.

Con estos informes, que a la hora II después del mediodía se reunió el cortejo con el emperador, y que antes y después de la entrada hizo buen tiempo, podemos entender el sentido de una frase de Sirópulo: ἡ ἡμέρα ἐκ πρώτης μέχρις ε΄ ὥρας μετὰ μεσημβρίαν παιδροτάτη ἦν καταλαμπομένη ὑπὸ τοῦ ἡλίου⁴⁶. A nuestro parecer quiere decir que el sol brilló *el día entero, mañana y tarde* (menos el breve tiempo que duró el chubasco que Sirópulo narra con tanta complacencia). De ser exacta nuestra interpretación, nos permitiría reconstruir la manera de contar el tiempo por horas después del mediodía. Si la hora VI después del mediodía coincidía con la puesta del sol, entonces tenemos un horario para la tarde que corre enteramente parejo al de las horas del día, pero que no hace sino cambiar las cifras: a partir de la hora VI del día (mediodía), se empezaría a contar de nuevo desde la hora I hasta la hora VI, la cual coincidiría con la hora XII del día y con la puesta del sol. No nos atrevemos a afirmar nuestra conclusión con más aplomo, porque la base de noticias sobre la hora después del mediodía, en que se asienta, es demasiado reducida⁴⁷.

Y con esto llegamos al último grupo de horas griegas, compuesto por las que no llevan ninguna determinación. Algunas de ellas son cifras muy pequeñas (entre la hora II y la IV⁴⁸) y se refieren a hechos ocurridos evidentemente por la mañana. Son por tanto horas del día en las cuales la determinación se ha dejado por innecesaria.

Pero hay otras en cambio con cifras tan extremadamente altas (la hora XX), que resultan enteramente ajenas a cuanto hemos visto hasta ahora entre los griegos. Se trata de tres expresiones, y todas ellas del diario de Doroteo de Mitilene⁴⁹. Las dos primeras, referentes a la reunión del 8 de junio de 1439, nos indican ya cuál es su explicación: «El papa se sentó y dijo: Ya es la hora de la comida, retiraos pues; y a la hora XX venid acá para que, una vez traducida la definición al latín, se lea públicamente en presencia de nosotros y de vosotros y así se dé la aprobación definitiva. Y así se hizo, pues llegados allá a la

⁴⁵ Περὶ β' ὥραν μετὰ μεσημβρίαν: Sir s. 7 c. 15, p. 213.

⁴⁶ (= «El día, desde el amanecer hasta la hora VI después del mediodía, fue esplendoroso, iluminado por el sol») Sir s. 7 c. 15, p. 213.

⁴⁷ Otras horas después del mediodía pueden verse en Sir s. 4 c. 7, p. 76; s. 10 c. 8, p. 292.

⁴⁸ Sir s. 4 c. 1, p. 67; s. 4 c. 8, p. 78; s. 4 c. 9, p. 79.

⁴⁹ AG 440, 19. 24; 447, 26.

hora XX, fue leída en latín y en griego y admitida y aprobada»⁵⁰. Claramente se advierte que la hora XX no es una hora griega, sino la hora latina señalada por el papa y puesta en griego a la letra. En efecto, en las tardes de verano había de ser un tiempo muy apropiado para reunirse la hora XX de la cuenta latina, pues en ese momento contaban todavía con tres horas y media hasta la puesta del sol, y por otra parte el calor del mediodía había pasado ya. Así el día 27 del mismo mes y año pone Andrés de Santacroce en boca del papa una convocatoria enteramente igual a la de Doroteo: «El papa: A la hora XX reúnanse todos los estados»⁵¹. Y también la última expresión de Doroteo que examinamos es del mismo mes (13 de junio de 1439) y también procede de los latinos: «El emperador pidió a los cardenales que vinieran, y ellos prometieron venir el sábado a la hora XX»⁵².

Esto nos está descubriendo un hecho que era de prever. Dada la dificultad de pasar de la hora griega a la latina y de la latina a la griega, una sola de las dos horas había de acabar por ser empleada por unos y por otros en las negociaciones entre ambos, para poder entenderse acerca del tiempo. Y naturalmente la del pueblo que les rodeaba, y la de los relojes que veían, había de acabar por imponerse. El diario de Doroteo, destinado a la intimidad del recuerdo personal, y sin afañes literarios o de publicidad, ha podido recoger esas expresiones de tiempo, que no podía entender quien no hubiese vivido el ambiente del concilio.

* * *

Explicada ya la manera de contar las horas que tenían unos y otros y antes de pasar adelante, vamos a detenernos un momento a examinar qué es lo que se entendía por «hora» entre los escritores del concilio de Florencia. De los escritores de la antigüedad clásica se pensó algún tiempo que al indicar la hora a que había ocurrido un suceso, por ejemplo, la hora IX, no se referían a un momento determinado, sino a una duración dentro de la cual había ocurrido el suceso. A la hora IX habían ocurrido todos los sucesos que hubieran tenido lugar en cualquier momento desde el fin de la hora VIII hasta el comienzo de

⁵⁰ Καθίσαντος οὖν τοῦ πάπα ὤρισεν ἡμῖν· ὁ καιρὸς ἤγγισε τοῦ γεύματος, καὶ ἀπέλθετε· τῇ δὲ εἰκοστῇ ὥρᾳ ἔλθετε ἰδὲ ὅπως, λατινικῶς γραφέντος τοῦ τόμου, ἀναγνωσθῆ παρρησίᾳ ἐν μέσῳ ἡμῶν καὶ ὑμῶν, καὶ οὕτω γένηται τελεία ἀπόφασις, ἧ καὶ γέγονε. Τῇ κ' ὥρᾳ γὰρ ἀπελθόντες, ἀνεγνώσθη λατινικῶς τε καὶ ἑλληνικῶς καὶ ἐστέρηθη καὶ ἀπεφάνθη: AG 440, 17-26.

⁵¹ «PAPA. Hora vigesima omnes status convenient»: AL 256, 30; véase 257, 5.

⁵² Ἐμήνυσεν ὁ βασιλεὺς τοῖς καρδινάλιοις ἐλθεῖν· καὶ ὑπεσχέθησαν ἐλθεῖν ἐν τῇ κ' ὥρᾳ τοῦ σαββάτου: AG 447, 24-26.

la X⁵³. Hoy, sin rechazar esa posibilidad, se admite que los autores de la antigüedad indicaban en general la hora como momento determinado; y por tanto, al decir que un suceso había ocurrido a la hora IX, se referían al momento en que la hora IX se cumplía, o lo que es lo mismo, al momento en que habían pasado nueve horas justas desde el comienzo de la cuenta⁵⁴, que es también lo que hoy se entiende cuando se dice que algo ocurrió a las 9.

Por parte de los escritores griegos del concilio podemos encontrar esta última idea de la hora, comprobada al pie de la letra con ocasión del entierro del patriarca, el día 11 de junio de 1439. Como la muerte había ocurrido el día anterior ya de noche, no pudo hacerse nada hasta que amaneció. «A la mañana»⁵⁵ comenzaron los preparativos: los griegos tuvieron una reunión con el emperador para tratar de las honras que habían de hacerse; luego el emperador pidió al papa un sitio decoroso para la tumba; el papa a su vez tuvo una reunión con la parte latina del concilio⁵⁶, para determinar lo que se debía hacer, y se resolvió que se le enterraría como a hijo fiel de la Iglesia católica y con asistencia de cardenales y obispos. «Hecho esto, *habían pasado nueve horas* del día, y a la hora IX levantamos el cadáver del patriarca»⁵⁷. Hay con todo una expresión, citada ya, que parece sugerir la idea de la hora duración: «antes de que hubiese transcurrido la hora I del día»⁵⁸. Sin embargo aun ahí hay una referencia velada al momento en que la hora I había de estar cumplida.

Por lo que hace a los latinos encontramos en Andrés de Santacroce la expresión: «Hora iam XXIII pulsaverat; ingressus XXIVam... finis extiit collocationis»⁵⁹. La primera de estas dos frases no puede referirse más claramente al momento en que la hora está cumplida: es el momento justo en que *suenan* la campana del reloj para anunciar su cumplimiento. La segunda frase por su extraña hechura deja flotante la sospecha de algún descuido en la tradición manuscrita. De ser genuina, sería una prueba de que la hora duración no era desusada entre los latinos: *se ha entrado* ya en la hora XXIV, pero no se puede pen-

⁵³ E. ARDAILLON, Art. *Horologium*: DAREMBERG-SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités*, vol. III 1 p. 263.

⁵⁴ F. K. GINZEL, *Handbuch der mathematischen und technischen Chronologie*. Leipzig 1906-1914, II, 167. 308; SONTHEIMER, Art. *Tageszeiten*: PAULY-WISSOWA, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* volumen IV A col. 2018.

⁵⁵ Πρωί: AG 445, 10.

⁵⁶ AL 225, 6s.

⁵⁷ Τούτων γενομένων παρελθον ὥρατι τῆς ἡμέρας θ', καὶ τῇ ἐνάτῃ ὥρᾳ ἐλάβομεν τὸν νεκρὸν τοῦ πατριάρχου: AG 445, 20-22.

⁵⁸ Πρὶν ἐξήκειν πρώτῃν ὥραν τῆς ἡμέρας: Sir s. 4 c. 19, p. 92.

⁵⁹ (= «Había sonado ya la hora XXIII; después de entrar en la XXIV... se dio fin a la discusión») AL 132, 15.

sar aún en oír sus campanadas; es el recuerdo de las campanadas de la hora XXIII el que está fresco en la memoria.

El que las noticias sobre el tiempo se refieran a la hora cumplida, no tiene el sentido de que los hechos hubieran ocurrido justamente en ese momento. Son nada más una aproximación; y una aproximación holgada, pues por fuerza la costumbre de calcular las horas a bulto había de ser entonces mucho más usada que hoy día. Por eso encontramos a menudo expresiones semejantes a estas: «a la hora XXII o cerca»⁶⁰; «como a la hora V del día»⁶¹; «hacia la hora II o III»⁶², que indican qué sentido tienen las referencias a la hora cumplida.

* * *

Resuelta ya en la medida de lo posible la pregunta previa que nos habíamos propuesto, vamos a pasar ahora a aplicar su solución a las noticias que nos transmiten las fuentes sobre el horario del concilio. Claro está que no pretendemos determinar a qué hora comenzó y acabó cada una de las reuniones, pues dada la gran variedad y la gran irregularidad de ellas⁶³, sería perderse en un laberinto de particularidades. Solamente trataremos de una clase de reuniones: las disputas públicas. Estas, por haberse tenido no de manera ocasional, sino en series ordenadas, tienen mayor regularidad; y por haberse concertado mediante largas deliberaciones que excluyeron todo lo improvisado, nos dan a conocer la imagen que se había formado el concilio sobre la manera de llevar a cabo los negocios conciliares.

Las disputas públicas forman dos series: la primera, en la cual se disputó sobre la añadidura del «Filioque» al credo, se tuvo en Ferrara por los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1438; la segunda, sobre la procesión del Espíritu Santo, en Florencia el mes de marzo de 1439⁶⁴. Para nosotros es de la mayor importancia saber que tanto la primera como la segunda serie se concertaron mediante documento escrito⁶⁵. Desgraciadamente esos documentos se han perdido, como

⁶⁰ «Hora vicesima secunda vel quasi»: Fragn 7, 22.

⁶¹ Ὡσεὶ ὥρα εἴ τῆς ἡμέρας: AG 4, 23.

⁶² Περὶ β' ἢ γ' ὥραν: Sir s. 4 c. 8, p. 78.

⁶³ Véase G. HOFMANN, *Charakter der Sitzungen im Konzil von Florenz: OrChristPer 16 (1950) 358-376.*

⁶⁴ Sin embargo tendremos que referirnos muy a menudo a reuniones tenidas fuera del tiempo de estas dos series, pues habremos de comparar los horarios de estas reuniones con los de otras. Para que se advierta a qué clase de reunión nos referimos, pondremos siempre su fecha completa.

⁶⁵ Para las disputas sobre la añadidura consta por Sir s. 6 c. 13, p. 161 y por AG 408, 25s; para las disputas sobre la procesión por Sir s. 8 c. 9, p. 231. Lo mismo se había hecho para las disputas privadas sobre las postrimerías: Sir s. 8 c. 9, p. 231.

tantas otras piezas del concilio de Florencia. Pero su contenido, al cual habremos de recurrir una y otra vez en busca de pormenores, nos es conocido indirectamente por cuatro referencias, a saber: una reseña del discurso en que el emperador dio cuenta a los conciliares griegos de los compromisos contraídos con el papa en orden a las disputas sobre la añadidura⁶⁶; el acta de la reunión del 26 de febrero de 1439, convocada para determinar cómo se había de tratar acerca de la procesión del Espíritu Santo⁶⁷; el discurso del cardenal Cesarini del 14 de abril de 1439, en que se queja de que por culpa de los griegos no se han cumplido los compromisos⁶⁸; y finalmente el discurso del papa del 25 de mayo de 1439, en que se queja de lo mismo⁶⁹.

Claro está, que los dos documentos así reconstruidos no pueden ser las únicas fuentes que consideremos. En ellos encontramos el plan trazado, pero no su ejecución. Y que la ejecución no se ajustó siempre al plan trazado, lo indica el hecho de que hubiera quejas sobre su cumplimiento. Descuidaríamos el punto de vista quizá más interesante si no fuéramos preguntándonos paso a paso cómo se iba cumpliendo el plan trazado, para saber cuánta distancia hubo entre lo que quisieron hacer y lo que pudieron hacer.

Comenzando por la serie de disputas de Ferrara, podemos advertir que la primera de las ocupaciones de los días de disputa, la misa conciliar, constituyó una dificultad en las negociaciones, y por ello ni siquiera se la mentaba en los documentos citados. Si sabemos que se tenía, es porque el secretario latino Andrés de Santacroce comienza varias veces la narración de las disputas de Ferrara haciendo referencia a esa costumbre: «reunidos todos a la manera dicha después de la celebración de la misa, que era la hora de reunirse para todos»⁷⁰; «a la hora acostumbrada de después de misa»⁷¹; «después de haber orado y celebrado la misa»⁷²; «celebrada la misa»⁷³. Era una costumbre que se había guardado hasta entonces en las reuniones más importantes, es decir, en las sesiones solemnes⁷⁴, y también, de ley ordinaria, en las congregaciones generales⁷⁵. Por eso al pensar en la or-

⁶⁶ Sir s. 6 c. 13, p. 160s.

⁶⁷ AG 239, 1-248, 32; v. también Sir s. 8 c. 1, p. 216s.

⁶⁸ Sir s. 8 c. 9, p. 231; AG 408, 23-409, 8.

⁶⁹ AG 422, 30-423, 17; la fecha se encuentra en AG 425, 5s.

⁷⁰ «Cunctis modo quo supra convenientibus post missae celebrationem, quae hora communis erat conventionis»: AL 43, 5s.

⁷¹ «Solita post missam hora»: AL 46, 18.

⁷² «Post exhibitas preces missarumve sollemnia»: AL 50, 28.

⁷³ «Celebratis sacris»: AL 67, 31.

⁷⁴ 8 de enero de 1438: Fragn 4, 13-16; 10 de enero: Fragn 9, 3s.;

15 de febrero: Fragn 22, 18s; 9 de abril: AL 29, 3s.

⁷⁵ 8 de febrero de 1438: Fragn 11, 38-12, 2; 10 de febrero: Fragn 14, 8; 11 de febrero: Fragn 17, 24. No consta si hubo misa el 14 de febrero y el 1 de marzo. Seguramente no la hubo el 9 de enero, pues las dos reuniones

ganización de las disputas públicas, hubo de pensarse en comenzarlas igualmente con la celebración de la misa.

Sin embargo, se tropezaba con una grave dificultad, que era la «*communicatio in sacris*», puesto que al tenerse mutuamente como cismáticos los dos grupos del concilio, latino y griego, ninguno de ellos hubiera querido asistir oficialmente a los cultos del otro grupo ni admitir la asistencia oficial de este a los propios, mientras durasen esas condiciones. Baste recordar como prueba para el grupo griego la mala gana con que a la vuelta del concilio los descontentos de la unión cedieron ante los requerimientos del emperador para que celebrasen misa en presencia de los latinos⁷⁶; y para el grupo latino la resolución de declarar hijo fiel de la Iglesia al patriarca griego José II, tan favorable a la unión, antes de tomar parte en su entierro⁷⁷. La dificultad en asistir o permitir la asistencia privadamente no era tan grande, pues Doroteo de Mitilene debió de asistir a la misa latina del 10 de enero de 1439⁷⁸; pero como privado nada más.

Después de todo esto no nos extrañará que Santacroce cuente así el comienzo de la sesión solemne del 9 de abril de 1438: «en ausencia de los griegos se celebró solemnemente la misa del Espíritu Santo; y una vez cumplidos todos los ritos que suelen celebrarse en las sesiones públicas, ... vinieron los griegos»⁷⁹. Y entenderemos lo que quiere indicar el mismo Santacroce cuando señala así la hora de reunirse para las disputas: «*post missae celebrationem, quae hora communis erat conventionis*»⁸⁰; es decir, que la misa no era común para latinos y griegos como lo era en cambio el reunirse para la disputa.

Pero además los griegos guardaron la costumbre de celebrar la misa solamente los domingos y días de fiesta, según se desprende de las fuentes del concilio; y como las disputas se tenían siempre en días de trabajo, resulta que el trabajo conciliar de los días de disputa comenzaba para los latinos antes que para los griegos.

De la hora a que comenzaba la misa de los latinos los días de disputa pública, nada dicen las fuentes. Sabemos que el 8 de enero de 1348 se reunieron para celebrarla «por la mañana, a la hora de

del día se tuvieron fuera de lugar sagrado (Fragm 6, 4s. 23; 7, 22s.), y quizá ni se consideraron congregaciones.

⁷⁶ Sir s. 11 c. 3s., p. 315-319.

⁷⁷ AL 225, 4-10.

⁷⁸ AG 224, 14-17. Que no hubo asistencia oficial de los griegos se deduce no tanto de la narración, cuanto de la semejanza con la sesión del 9 de abril de 1438: AG 224, 13s.; AL 132, 20s.

⁷⁹ «*In Graecorum absentia fuit Spiritus Sancti missa sollemniter celebrata; servatisque quae sunt solita celebrari in sessionibus publicis, ... advennerunt Graeci*»: AL 29, 3-6.

⁸⁰ (= «Después de la celebración de la misa, que era la hora de reunirse para todos») AL 43, 5s.

prima del oficio divino, poco más o menos»⁸¹, y el 15 de febrero del mismo año, «por la mañana, a la hora XIV»⁸²; pero se trata de dos sesiones solemnes⁸³, no de disputas. Por tanto solamente podemos decir que la misa de los latinos había de empezar muy temprano para que cuando entrasen los griegos, todo estuviese acabado.

La «hora communis conventionis» de que habla Santacroce, que para los latinos era sencillamente «después de la celebración de la misa», constaba al parecer en el documento, pero expresada de muy distinta manera: «que nos reunamos de mañana y comiencen las disputas desde la hora I y media del día»⁸⁴. El plan estaba claro: comenzar las disputas a la hora I y media de los griegos, es decir, hora y media después de la salida del sol.

¿Fue también eso lo que se realizó? En la primera disputa hubo ya un contratiempo, que Sirópulo atribuye en parte a retraso del emperador. Este vivía fuera de Ferrara en un monasterio muy bien situado para sus cacerías, y cuando quiso llegar al lugar de la disputa, que era la capilla mayor del palacio del papa, hacía ya rato que el patriarca con todo su cortejo estaban sentados en una de las estancias del edificio, esperando. Pero como el emperador tenía que entrar en el lugar de la reunión antes que los eclesiásticos para guardar el ceremonial, y como había de pasar por la estancia en que se encontraba el patriarca con su cortejo, y no le fue posible pasar a caballo por delante de ellos, se produjo uno de esos pleitos por puntos de honor que tanto goza Sirópulo en contar⁸⁵. Para nuestro estudio no tiene mayor importancia ni el pleito ni los puntos del ceremonial en él discutidos; pero la narración de Sirópulo va dejando caer muchas noticias sobre la entrada en las reuniones que convendrá recoger.

Ante todo advirtamos que el retraso del emperador no supone por fuerza una falta de puntualidad. Las ideas sobre la puntualidad no eran entonces las mismas que ahora, y tenerse que esperar sosegadamente los unos a los otros se daba por descontado. Un ejemplo de ello es el comienzo de la discusión imaginada por Juan Plusiadeno en su Diálogo, en la cual el «Publicano» promete traer un «Padre» a la mañana siguiente. A la mañana siguiente se reunieron todos y esperaban sentados a que llegase el «Publicano» con el «Padre». Y en efecto, a la hora II del día llegaron uno y otro⁸⁶; por tanto con mucha pun-

⁸¹ «De mane hora primarum vel quasi»: Fragm 3, 10.

⁸² «Mane hora quarta decima»: Fragm 22, 6.

⁸³ Fragm 33, 1; Fragm 22, 16.

⁸⁴ «Ἴνα δὲ συνερχόμεθα πρῶτῃ καὶ ἀρχῶνται αἱ διαλέξεις ἀπὸ μιᾶς καὶ ἡμισείας ὥρας τῆς ἡμέρας»: Sir s. 6 c. 13, p. 160s.

⁸⁵ Sir s. 6 c. 15, p. 163s.

⁸⁶ IOANNES PLUSIADENUS, *Disceptatio de Synodo Florentina*: MG 159, 964 C.

tualidad, dado lo indeterminado de la convocación «a la mañana», pero también con holgura para que todos se hubiesen podido reunir. Notemos la semejanza de esta manera de reunirse con la propuesta por el emperador: «que nos reunamos *de mañana* y comiencen las disputas *desde la hora I y media del día*»⁸⁷. Así entre el tiempo señalado para reunirse y el señalado para comenzar la disputa había un intermedio prudente para igualar los adelantos y los retrasos en la llegada, que se daban por sobrentendidos.

Es indudable que la puntualidad, entendida según la concebía aquel siglo, la guardó el concilio cumplidamente. Lo dice el tono de seguridad con que se refieren las fuentes a una costumbre, cuando hablan de la hora de reunirse: «reunidos todos a la hora *acostumbrada* de después de misa»⁸⁸; «reunidos los padres en el lugar y a la hora *acostumbrados*»⁸⁹.

Recojamos ahora, según prometimos, las noticias sobre la entrada en las reuniones que Sirópulo va dejando en su narración a medida que desarrolla los pasos todos del pleito del ceremonial. Así sabemos que se había destinado una estancia para el patriarca y su cortejo, y otra para el emperador y el suyo⁹⁰, a fin de que pudiesen esperar cómodamente la llegada de la «hora communis conventionis», lo cual evitaba de paso el que los griegos tuvieran que entrar en la capilla destinada a las disputas mientras los latinos celebraban su misa.

Sabemos también el orden de entrada: entró primero el emperador, luego los eclesiásticos griegos y por fin el papa⁹¹. Y podemos sospechar que el orden estaba establecido de antemano, pues en la sesión solemne del 6 de julio de 1439, en que Sirópulo vuelve a decir el orden de entrada, se repite el mismo⁹².

Una vez que cada cual había ocupado su puesto, comenzaba la disputa con el ceremonial más sencillo que pudiera imaginarse: «reunidos todos, y concedido el uso de la palabra por el silencio general, el obispo de Nicea... dijo estas palabras...»⁹³. El orador hacía una inclinación⁹⁴ y entraba seguidamente en materia; era un extremo de solemnidad el que a veces se dijieran unas palabras de saludo como estas: «Con la bendición de Vuestra Santidad y con la autorización del emperador y del patriarca»⁹⁵.

⁸⁷ Sir s. 6 c. 13, p. 160s.

⁸⁸ «Solita post missam hora convenientibus cunctis»: AL 46, 18.

⁸⁹ «Congregatis in unum patribus loco et horis solitis»: AL 77, 13.

⁹⁰ Sir s. 6 c. 15, p. 163s.; c. 17, p. 168.

⁹¹ Sir s. 6 c. 15, p. 164.

⁹² Sir s. 10 c. 10, p. 295. Poco puede deducirse de la entrada de AG 224, 10-22.

⁹³ AL 46, 18-20; v. también 50, 28s.; 56, 11; 67, 31s.

⁹⁴ AG 34, 24s.; v. también 250, 14s.

⁹⁵ AL 41, 35; AG 59, 4-8; v. también AL 46, 4; AG 107, 18-22; AG 161, 3s.; AL 135, 20; AG 250, 22s. Todos, oradores latinos.

El comienzo de las disputas de Ferrara puede resumirse por tanto de la siguiente manera: los latinos comenzaban celebrando misa en la capilla del palacio del papa. Mientras tanto iban llegando los griegos y se aposentaban en distintas estancias del palacio, señaladas de antemano. A la hora I y media de los griegos, acabada ya la misa, entraba en la capilla el emperador, luego los eclesiásticos griegos, luego el papa. Entonces el orador señalado hacía una inclinación y comenzaba su discurso.

* * *

La duración estaba también prevista en el documento que reglamentaba las disputas de Ferrara. En el informe del emperador sobre ese documento, al mismo tiempo que indicaba el acuerdo de reunirse de mañana y comenzar las disputas a la hora I y media del día, añadía: «que acaben a la hora VI»⁹⁶. Así pues se había planeado dar cuatro horas y media⁹⁷ a la discusión y cerrarla con el mediodía. La intención había sido indudablemente dejar a la discusión el mayor tiempo posible, dentro de lo razonable; pero al mismo tiempo poner un tope.

Sin embargo se engañaban al juzgar tan sencillo poner punto final a una discusión desatada. En efecto, ya el 9 de octubre de 1438, primera de las disputas públicas⁹⁸, Marcos de Efeso trataba de entrar en materia, y como se les había ido mucho tiempo en discursos de cortesía⁹⁹, pedía autorización para desarrollar su plan a pesar de la hora¹⁰⁰; recibida por fin la autorización¹⁰¹, todavía hubo de dejar el discurso a medio acabar para no detener más a los oyentes¹⁰². No sabemos cuánto tiempo había pasado ya de la hora VI del día cuando se dio fin a la disputa. A Doroteo de Mitilene, cuyo testimonio sin embargo no es fehaciente en lo que se refiere a la cronología de esta disputa¹⁰³, le debió de dejar el recuerdo de un final hacia el oscurecer¹⁰⁴. En todo caso es claro que en la palabra empeñada se había abierto la primera brecha y que se podían prever muchas repeticiones del hecho.

⁹⁶ Πρώονται δὲ περὶ τὴν ἕκτην ὥραν: Sir s. 6 c. 13, p. 161.

⁹⁷ Griegas, y por tanto sujetas a alargamientos o acortamientos según las estaciones.

⁹⁸ En juntar en una sola disputa los discursos que las actas griegas reparten en tres, seguimos a G. HOFMANN, *Die Konzilsarbeit in Ferrara: OrChristPer 3* (1937) 425.

⁹⁹ AL 40, 12.

¹⁰⁰ AG 49, 18-21; AL 40, 11; AG 51, 6-9.

¹⁰¹ AL 40, 17; véase AG 51, 14s.

¹⁰² AG 58, 23-25; v. también AL 42, 2.

¹⁰³ V. nota 98.

¹⁰⁴ AG 46, 31-47, 1; 48, 1s.

El determinar la hora a que acabó cada disputa no siempre es fácil, pues de algunas de ellas las únicas noticias que pueden recogerse son frases de los oradores en medio de la discusión, y en ocasiones podemos sospechar que han exagerado lo avanzado de la hora para poner fin a una situación que les desagradaba. Así el cardenal Cesarini, interesado el 4 de noviembre en que acabase la disputa para no tener que responder a Besarión, dice: «Ya es hora de levantarse y de obedecer a la noche»¹⁰⁵, y sin embargo cuando se levantaron era todavía la hora XXII latina¹⁰⁶, es decir, dos horas antes de la noche. Algo semejante pudo ocurrir cuando en la fuerte tirantez producida el 13 de octubre sugirió también Cesarini que se cerrase la disputa porque ya oscurecía¹⁰⁷.

Si dejamos a un lado tales noticias, y también las que por su vaguedad revelan muy poco, sólo nos quedan los informes de Santacroce acerca de siete días: 16 de octubre, en que acaban a la hora XXI latina¹⁰⁸, o sea a media tarde; 1 de noviembre, a la hora XXI también¹⁰⁹; 4 de noviembre, a la hora XXII¹¹⁰; 18 de noviembre, a la hora XXIII¹¹¹; 4 de diciembre, «hora iam tarda»¹¹², confirmada por Doroteo de Mitilene, que dice que habló Cesarini «hasta que se echó encima el oscurecer»¹¹³; 8 de diciembre, a la hora XXIII de nuevo¹¹⁴; y 13 de diciembre, entre la hora XXIII y la XXIV¹¹⁵, es decir, ya muy cerca de la noche.

Como puede verse, sobrepasaron con mucho el mediodía en las disputas cuyo momento final conocemos con alguna exactitud, y le sobrepasaron además con alargamientos siempre crecientes. Con todo hay que reconocer que este crecimiento es solo aparente, pues hay que tener en cuenta que a medida que se echaba encima el invierno, se iba acortando el día y eso cambiaba la cuenta de las horas. En efecto, tenemos por un lado que la salida del sol, y con ella la hora I y media griega del comienzo de las disputas, se iba retrasando más cada vez; y por tanto el tiempo que dedicaban por las mañanas a la disputa iba siendo menor. Por otro lado la puesta del sol, y con ella la hora XXIV y demás horas de los latinos, que se regían por la

¹⁰⁵ «Hora iam surgendi est ac nocti parendi»: AL 55, 30.

¹⁰⁶ AL 56, 9.

¹⁰⁷ «Cum nos credamus Collocensem audiendum, vos contrarium, et hora tarda sit...»: AL 42, 38.

¹⁰⁸ AL 45, 38.

¹⁰⁹ AL 50, 26.

¹¹⁰ AL 56, 9.

¹¹¹ AL 87, 8s.

¹¹² AL 107, 6.

¹¹³ «Ἐως ἡ ἑσπέρα κατέλαβε»: AG 214, 22.

¹¹⁴ AL 119, 38.

¹¹⁵ AL 132, 15.

entrada de las tinieblas, ocurrían cada día antes; y por tanto el que la hora final fuera pasando de la hora XXI a la XXII, de la XXII a la XXIII... pudo haber ocurrido aun durando todas las disputas lo mismo. De hecho hemos venido a calcular en unas siete horas, con las salvedades que se suponen, la duración de todas las disputas cuyo momento final ha anotado Santacroce. Aun sin crecer, era una duración como para poner a prueba el temple moral, y aun el físico, de los conciliares.

Se podría creer, sin embargo, que cada uno de los conciliares era dueño de salir a tomar un descanso durante la disputa cuando bien le pareciese. Pero de tal costumbre no ha quedado el menor rastro; y en cambio hay trazas, aunque quizá no del todo claras, de que la costumbre era la opuesta. El 20 de octubre pedía el emperador en una frase un tanto rebuscada que se pusiera fin a la disputa para ir a comer: «Hay entre los griegos un poeta llamado Homero, que dice en su poema: La noche ya ha llegado, bueno es obedecer a la noche. Pues bien, yo cambiando el verso digo: Ya es la hora de la comida, bueno es dar al alimento corporal el debido tiempo, pues es menester fortalecer los cuerpos con el alimento corporal»¹¹⁶. El emperador no concebía el que fuese libre andar saliendo y entrando en la disputa cuando a uno le pareciese, para reparar sus fuerzas; y como la norma propuesta por él, y prevista antes en el documento escrito, de acabar la disputa para ir a comer¹¹⁷, no prevaleció, por eso hubo de decir Santacroce el 13 de diciembre: «Hora iam XXIII pulsaverat; ingressus XXIVam., cunctis frigore, *inedia* atque attentione agitatis, finis extitit collocutionis diei illius»¹¹⁸. Notemos la palabra «inedia», que apenas puede tener otro sentido más que el de que todos («cuncti») habían permanecido en el lugar de la disputa, sin salir ni aun en privado a tomar el alimento acostumbrado. La misma idea de la falta del alimento acostumbrado, que estaban sufriendo todos, aparece también el 8 de diciembre: «Era ya la hora XXIII del día y hacía un frío muy grande; quebrantados por el frío y *por el hambre* nos levantamos todos de buena gana»¹¹⁹. Por lo que hace al papa en particular nos dice Santacroce el 18 de diciembre que el cardenal Cesarini «dirigió

¹¹⁶ AG 106, 8-15.

¹¹⁷ También para los griegos hacia la mitad del día: L. BRÉHIER, *Le Monde Byzantin. III: La Civilisation Byzantine* (L'Evolution de l'Humanité 32 ter) Paris 1950, p. 52. La propuesta del emperador supone que la hora de la comida está pasando o ha pasado ya; pero tampoco aquí podemos decir cuánto ha pasado.

¹¹⁸ (= «Había sonado ya la hora XXIII; después de entrar en la XXIV, estando todos desasosegados por el frío, el ayuno y la atención, se dio fin a la discusión de aquel día»): AL 132, 15s.

¹¹⁹ «Erat XXIII hora diei et frigus maximum, ac frigore fameve fatigatus quisque libenter surrexit»: AL 119, 38s.

la palabra al papa, que con gran atención *a todo*, siendo ya la hora XXIII y haciendo un gran frío, con mucha paciencia había estado escuchando *todo*»¹²⁰, y por tanto tampoco pudo estar ausente de la capilla, dado que no se interrumpía la discusión.

Al llegar aquí se preguntará cualquiera: ¿y el cansancio de semejante esfuerzo ni siquiera provocaba malestar entre los conciliares? Claro está que le provocaba; y de él nacieron dos posturas encontradas que se manifestaron abiertamente el 4 de diciembre. En la disputa de ese día el orador griego Marcos de Efeso pedía insistentemente al latino, cardenal Cesarini, que fuese breve¹²¹. Este en cambio le respondió con rudeza: «Reverendo Padre, Vuestra Paternidad me ha exhortado a la brevedad: el fin de este sagrado concilio no es la brevedad, sino el descubrimiento o esclarecimiento de la verdad»¹²².

Era un antiguo desacuerdo el que latía por debajo de este encuentro, el desacuerdo acerca del procedimiento para conseguir la unión. Los latinos esperaban conseguirla por medio de disputas; pero a los griegos no les agradaba ese procedimiento. Ya cuatro años antes, el 7 de septiembre de 1434, cuando aún negociaba el papa la unión a través del concilio de Basilea, pedían los latinos a los embajadores griegos, llegados a esta ciudad, una declaración de varios puntos del reglamento para el concilio de la unión por ellos presentado, que dejaban inquietos a los latinos. Uno de esos puntos era la condición que requerían de que el concilio fuera «sin contienda»¹²³. Y la explicación con que los griegos les sosegaron era «Sin contienda, es decir, sin contienda pendenciera y ofensiva, pero no se rechazan las disputas y conferencias necesarias, pacíficas, comedidas y caritativas»¹²⁴. Sin embargo, todavía durante las negociaciones de Basilea, en febrero de 1437, «el legado leía también de una carta que le había escrito Juan de Ragusa, que el emperador de Constantinopa había escogido ya a algunos, no para disputar, sino para concordar»¹²⁵. Y nada más llegados los griegos a Italia escribe Ambrosio Traversari, puesto ya en relación con el patriarca: «Deduje de sus palabras, muy medidas y prudentes, que a su parecer había de llevarse a cabo todo el asunto más con amor y con paz que con discusión»¹²⁶.

¹²⁰ «Volvit sermonem ad papam, qui summa cum attentione *omnium*, hora iam XXIII, frigore imminente maximo, patientissime audiverat *cuncta*: AL 87, 8s.

¹²¹ AL 96, 3-16.

¹²² AL 96, 34s.

¹²³ «Sine contentione»: E. BIRK, *Johannis de Segovia, Historia gestorum generalis synodi Basiliensis* t. I (Monumenta conciliorum generalium saeculi decimi quinti: Concilium Basileense. Scriptorum t. II) Vindobonae 1873, p. 749.

¹²⁴ E. BIRK, *Johannis de Segovia*... p. 755.

¹²⁵ E. BIRK, *Johannis de Segovia*... p. 933.

¹²⁶ «Collegi ex sermonibus illius cautis valde atque prudentibus, iudicio

Nada de particular tiene que los latinos, recelosos, requirieran un documento firmado por el emperador, que le comprometiera a mantener las disputas en que tantas esperanzas habían puesto. Más aún, resueltos a llevar el asunto hasta el extremo, hicieron añadir un apartado que determinase el número de disputas: tres semanalmente¹²⁷. Y como además ya conocían por experiencia el poco interés de los griegos, por haberse tenido ya para entonces por teólogos de los dos grupos algunas disputas en privado sobre las postrimerías, añadieron al documento todavía más apartados, previniendo todas las disculpas posibles, a saber: que no se dejarían de tener las tres disputas semanales ni porque el papa estuviese enfermo, ni porque lo estuviese el emperador o el patriarca; y ni siquiera se suprimiría una de ellas por coincidir la disputa con un día de fiesta, pues en ese caso se trasladaría la disputa al día siguiente; ni tampoco por ponerse enfermo el orador señalado para hablar, pues debería suplírsele con otro¹²⁸.

Sin embargo, cuando los griegos, tan poco convencidos del procedimiento de disputas, vieron lo que de hecho quería decir una disputa, debieron de perder el poco interés que tenían y nunca se llegaron a tener las tres disputas semanales. De nada sirvió que los latinos alentasen a los griegos haciéndoles ver que teniendo disputas mucho más a menudo, el negocio de la unión iría mucho más aprisa y el hastío se reduciría a pocas semanas¹²⁹. El malestar cundía hasta el punto de que llegó a alarmar al emperador¹³⁰; y aun un asalariado, como el traductor, en vez de traducir lo que decía Cesarini, responde una vez con descaro: «Estoy cansado»¹³¹. También entre los latinos comenzaba a sentirse el hastío, como lo dan a entender las anotaciones del secretario Santacroce sobre el cansancio, el frío y el hambre que les aquejaban, y como lo dice quizá con mayor claridad el gozo con que acogían el final de algunas disputas: «Nos levantamos de muy buena gana»¹³².

La situación era ya tensa, cuando un acontecimiento alivió de momento la tirantez: el traslado del concilio a Florencia. La primera serie de disputas públicas, la de Ferrara sobre la añadidura del «Filioque» al credo, había concluido.

* * *

suo rem totam dilectione potius ac pace, quam disputatione terminandam» L. MEHUS, *Ambrosii Traversarii... latinae epistolae*. Florentiae 1759, II col. 196.

¹²⁷ Sir s. 6 c. 13, p. 160.

¹²⁸ Sir s. 6 c. 13, p. 160; AG 423, 9-14.

¹²⁹ AL 96, 38-41.

¹³⁰ AG 217, 13-23.

¹³¹ «Fessus sum»: AL 119, 7.

¹³² «Perlibenter assureximus»: AL 107, 6; v. también 119, 38s.

Lo primero que hicieron los latinos en cuanto estuvieron asentados en Florencia, fue tratar de reanudar las disputas, apuntando siempre a tenerlas «casi cada día»¹³³, y alegando que «no había mejor medio para lograr la unión»¹³⁴. Los griegos en cambio intentaron encarrilar las negociaciones para la unión por otros caminos distintos de las disputas; pero como puestos a buscar esos caminos no pudieron dar con ninguno de ellos, se avinieron por fin a tener disputas. Sin embargo también el plan de los latinos salió recortado, y por dos partes: se reducía el número de disputas, de las casi diarias que querían, a tres semanales, que en cambio habrían de tenerse sin disculpa de ningún género¹³⁵; y se reducía también la duración, pues se comprometían «a que las disputas durasen solamente hasta tres horas»¹³⁶.

¿Se cumplió en Florencia el acuerdo? En cuanto al número de disputas no llegaron a alcanzar el plan, aunque se acercaron más que en Ferrara: tres disputas la primera semana, dos la segunda, dos la tercera, y luego una disputa tras la cual no se siguió. En cuanto a la duración hubo las dificultades de siempre, pues todos encontraban mucho que decir al contrincante. El 10 de marzo amonestaba el emperador a los latinos por su charlatanería: «Sabéis que se resolvió que discutamos con razonamientos breves, y sin embargo habéis dicho tal cantidad de cosas que no podrán rebatirlas los nuestros hablando hasta que oscurezca»¹³⁷. Pero el orador latino, Juan de Montenero, se disculpa culpando: «He sido largo porque también lo fue vuestra ponencia»¹³⁸. El resultado de estos forcejeos entre la brevedad y la difusión nos lo da a conocer una frase de Traversari en carta del 18 de marzo de 1439, escrita por tanto cuando ya se habían tenido seis disputas de las ocho de la nueva serie: «Aquí se están sosteniendo disputas de los griegos con los latinos tres veces por semana, a las que asisten el papa y el emperador, y que a veces rebasan las cuatro horas»¹³⁹. De las dos disputas restantes, tenidas el 21 y 24 de marzo, decía Isidoro de Kief a Juan de Montenero, único orador que habló esos dos días: «Verdaderamente Vuestra Paternidad ha hablado en

¹³³ Σχεδὸν καθ' ἑκάστην ἡμέραν: AG 240, 13.

¹³⁴ AG 240, 10s.: Sir s. 8 c. 1, p. 216.

¹³⁵ AG 240, 13-15; 241, 21s.; Sir s. 8 c. 1, p. 216; s. 8 c. 9, p. 231.

¹³⁶ Ἴνα αἱ διαλέξεις διαρκῶσι μὲχρι τριῶν ὥρων: AG 240, 15s; v. también Sir s. 8 c. 1, p. 216.

¹³⁷ AG 338, 31-339, 2: AL 173, 39-41.

¹³⁸ «Sum longus, quia longa propositio»: AL 174, 1.

¹³⁹ «Graecorum hic fiunt disputationes cum Latinis ter in hebdomada, praesente Pontifice et Imperatore, quae interdum excedunt quatuor horas»: L. MEHUS, *Ambrosii Traversarii... latinae epistolae*. Florentiae 1759, II col. 610.

estas congregaciones durante ocho horas, o más»¹⁴⁰. Repartidas las ocho horas entre los dos días, resulta de nuevo la media de duración que indicaba Traversari para las seis primeras: cuatro horas. Por tanto también en esto se cumplió el acuerdo mejor que en Ferrara, aunque no se lograran mantener del todo los estrechos lindes prefijados.

Con ello la impresión de los asistentes cambió notablemente. El secretario Santacrose, tan aplanado por la duración de las disputas de Ferrara, cierra el acta de la primera disputa florentina con una muestra de aprobación: «Confortada la sagrada asamblea con la enseñanza espiritual, se disolvió por aquel día»¹⁴¹.

Al preguntarnos ahora si seguían abriéndose las disputas a la misma hora que en Ferrara, apenas encontramos más que el silencio de las fuentes. Una sola mención ha tenido la hora del comienzo, a saber, en el acta latina de la cuarta disputa, 14 de marzo de 1439: «Según el orden y la forma acostumbrados, y a la hora a que suele tenerse la reunión, los griegos dieron comienzo a la disputa por boca del obispo de Efeso»¹⁴². La referencia a la costumbre, por tratarse del acta de la cuarta disputa, apunta ante todo a las tres anteriores. ¿Pero fue la costumbre de las anteriores la misma que en Ferrara? Preferimos responder por otro camino, examinando la hora final de las disputas.

El diario de Doroteo de Mitilene indica así el final de la séptima disputa: «El día dejó paso al oscurecer y así se disolvió la reunión»¹⁴³. De igual manera indica el final de la última disputa: «hacia el oscurecer»¹⁴⁴. Por tanto no estaba tan lejos de la realidad el momento de que hablaba el emperador en su protesta del 10 de marzo: «Habéis dicho tal cantidad de cosas que no podrán rebatirlas los nuestros hablando hasta que oscurezca»¹⁴⁵, o como lo dijo el traductor: «no bastaría el día»¹⁴⁶. Es decir, que todas las noticias que pueden sacarse de las actas griegas indican un final hacia el oscurecer.

Por las actas latinas sabemos el momento final de la primera disputa florentina. Cuando el orador Juan de Montenero se disponía a comenzar un nuevo argumento, el cardenal Cesarini cortó la discusión

¹⁴⁰ AL 222, 2s.

¹⁴¹ AL 144, 26.

¹⁴² «Ordine et modo solito, hora qua solet conventus, disputationi principium Ephesini verbo Graeci dedere»: AL 174, 3s.

¹⁴³ Ἡ ἡμέρα πρὸς ἑσπέραν ἔληξε καὶ οὕτως ἐλύθη ἡ σύνοδος: AG 396, 22s.

¹⁴⁴ Πρὸς ἑσπέραν: AG 398, 20s.

¹⁴⁵ Νῦν δὲ ἐρρέθησαν ἀφ' ὧν πολλὰ καὶ τοσαῦτα, ὅσα οὐ δυνήσονται οἱ ἡμέτεροι ἀπολογήσασθαι ἕως ἑσπέρας: AG 338, 32-339, 2.

¹⁴⁶ «Hic dicta sunt tot verba, quod nescimus unde incipere, et dies non sufficeret»: AL 173, 40.

diciendo: «Hora tarda est, surgamus et in die mercurii conveniamus»¹⁴⁷. Y el secretario Santacroce anota que en efecto la reunión se disolvió «hora iam tarda»¹⁴⁸, es decir, al tiempo del oscurecer, y por tanto tenemos la misma hora poco más o menos que encontrábamos en el diario de Doroteo para las dos últimas disputas de la misma serie. Consiguientemente hay que concluir que la segunda serie de disputas, la de Florencia, no comenzaba como la primera por la mañana a la hora I y media de los griegos, sino por la tarde, unas cuatro horas antes de ponerse el sol, para acabar, después de unas cuatro horas de discusión, hacia la puesta del sol.

Hay sin embargo una frase un tanto desconcertante, que conviene examinar. En la segunda disputa de Florencia interrumpe el cardenal Cesarini a los oradores para poner fin a la discusión diciendo: Τετάρτη ὥρα παρῆλθεν ἡδῆ¹⁴⁹. Las actas latinas no han conservado la expresión latina original de Cesarini, y por tanto no tenemos más que una traducción, y además en una lengua que contaba el tiempo de otra manera. ¿Y cómo ha sido traducida esa hora? ¿Ha pasado al griego a la letra, como algunas de las horas anotadas en el diario de Doroteo, o se ha buscado la correspondencia en el reloj griego? La hora IV no puede ser desde luego la hora latina, pues representaría lo más cerrado de la noche; pero tampoco puede ser la hora del día de los griegos, porque correspondería a la media mañana. Podría ser la hora después del mediodía, pero no sabemos que esa hora la usase otro que Sirópulo, y siempre indicándolo expresamente. Más fácil es que se trate sencillamente de la hora cuarta desde el comienzo de la disputa, pues lo que pretende Cesarini es poner fin a la discusión, que ya iba durando demasiado¹⁵⁰, y por tanto podemos suponer que ya habían discutido durante las cuatro horas consabidas. Lo que advertía Cesarini es que ya llevan discutiendo una hora más de lo convenido, sin decir en qué momento del día se encuentran.

Sin embargo hay en esa hora algo que merece notarse, y es que quien la dijo fue Cesarini, el que en las disputas de Ferrara no aguantaba que se exhortase a ser breve. Pero es que en el intermedio había visto que la desmedida duración amenazaba dar al traste con las disputas y ahora se ha constituido en celoso defensor de la brevedad. También fue él quien en la primera disputa de Florencia puso fin diciendo: «Ya oscurece, levantémonos y volvamos a reunirnos el miércoles»¹⁵¹. El mismo traslado del comienzo de las disputas a la tarde, que impe-

¹⁴⁷ (= «Ya oscurece; levantémonos y volvamos a reunirnos el miércoles») AL 144, 25.

¹⁴⁸ AL 144, 26.

¹⁴⁹ (= «Ya pasó la hora cuarta») AG 295, 7.

¹⁵⁰ AL 154, 32s.

¹⁵¹ AL 144, 25.

día el empezárlas con la celebración de la misa, obedecía sin duda al deseo de poner a los desmedidos alargamientos la barrera infranqueable de la noche.

Y sin embargo el esfuerzo tuvo un resultado mucho menor de lo que se esperaba. Después de la octava disputa los griegos no quisieron seguir. Cuando los latinos les apremiaron, respondieron: «No discutiremos más, pues la discusión solo produce disgusto. Porque cuando nosotros hablamos, no os faltan respuestas hasta la saciedad; y cuando oímos lo que vosotros decís, que no tiene fin, ¿quién puede oír y responder inacabablemente?»¹⁵². Estudiar ahora cómo llegó a imponerse entre los griegos esa resolución, sería salirnos de la tarea que nos hemos propuesto. Digamos en pocas palabras que entre ellos se esperaba poder convencer fácilmente a los latinos. Pero los latinos habían preparado sus razones y no fueron tan fáciles de rebatir como muchos griegos creían. Entonces el disgusto se fue apoderando de éstos y ya fué inútil mantener para las disputas un horario moderado. Las negociaciones para la unión hubieron de buscar caminos distintos de las disputas, para seguir avanzando.

FÉLIX RODRÍGUEZ, S. I.

¹⁵² AG 403, 22-27.